

El miedo

Un virus vuelve a ponernos ante una novela de terror en la que cada uno elige hasta dónde leer

MARTA SAN MIGUEL



El miedo es algo cotidiano fuera de contexto. Por ejemplo, un payaso o un pasillo son solo eso, un payaso o un pasillo, hasta que mutan, como la niebla solo es un efecto que impide la visibilidad; o bien un susurro, que puede ser una forma de seducir al que está enfrente pero es algo que te contrae el espinazo si suena de noche y estás solo. El miedo es lo que perturba nuestra conciencia, que se lo digan a Stephen King: «Tememos al caos. A lo extraño. Tenemos miedo al cambio y la interrupción, y eso es lo que me interesa», dice el maestro del género del terror, que escribe libros valiéndose de esta máxima como el que narra una rutina de gimnasio. Porque el miedo se entrena, y deberíamos de estar cada vez más acostumbrados a esa emoción, pero da igual las veces que nos acerquemos a ella en películas y en libros, en experiencias más o menos traumáticas, que siempre nos pilla desprevenidos y con la piel dada la vuelta, reactivos como recién nacidos, como terneros temblorosos ante un depredador. Da igual la condición social, la edad, la nacionalidad, la letra final del DNI: el miedo a la muerte y al dolor nos iguala.

Esta vez lo que nos hace temblar es el brote de una infección letal en un crucero que atravesaba el Atlántico. Parece el argumento de una novela, pero es la realidad del 'Hondius', donde un brote de hantavirus ha afectado —por el momento— a ocho personas, de las que tres han muerto.

Stephen King diferencia tres tipos de miedo: el terror, el horror y la repulsión. Es decir, no es lo mismo la fobia que puede provocar viajar en avión que el asco ante un puñado de escolopendras, ¿pero dónde metemos el miedo a algo invisible, a algo tan pequeño e indetectable a la vista como un virus? Seis años después de la pandemia por la covid, volvemos a vernos envueltos en esa bruma mental de dejar volar la imaginación detrás de los síntomas de una infección que tiene una baja tasa de contagio entre humanos, pero cuya letalidad ha puesto en jaque a la OMS y al entendimiento institucional en nuestro país, al acoger en Canarias a este crucero de bandera neerlandesa, afectado por esta urgencia epidemiológica.

Ahora que el barco está en casa el miedo al virus es más real, tememos su efecto, su contagio; tememos la logística que hay detrás de la necesaria contención, ¿pero tememos lo que no se ve, lo que pensamos dentro de nuestras cabezas, la propia reacción que genera esa cercanía, como si uno estuviera más seguro si ese barco siguiera en alta mar, lejos de todo, con sus 147 personas a bordo, aterrizados, de los cuales catorce son españoles (trece pasajeros y un tripulante)? Uno elige hasta dónde leer, si taparse o no los ojos ante una película, pero como decía Stephen King «el miedo es algo innato en todos nosotros, pero lo que hacemos con ese miedo es lo que nos define».

Diez bits por segundo

PABLO ARTAL

Catedrático de Óptica de la UMU

El cerebro no está diseñado para procesarlo todo, sino para elegir. Reduce el mundo a unos pocos bits. Esta compresión elimina gran parte del ruido innecesario



Cuando era joven creía que la rapidez lo era todo. Me esforzaba por ser el más rápido, quizá demasiado. Corría de un lado a otro y casi siempre terminaba las tareas el primero. También me parecía que la forma como actúa nuestro cerebro, de manera secuencial, paso a paso, era desesperantemente lenta. ¿Por qué no podíamos ir más deprisa? ¿Cómo íbamos a competir con máquinas capaces de evaluar millones de opciones casi al instante?

Con el tiempo he cambiado de opinión, aunque la velocidad de las máquinas no ha dejado de aumentar. Hoy, un ordenador mueve gigabits por segundo sin esfuerzo y un procesador ejecuta miles de millones de operaciones en el mismo tiempo. Frente a esa avalancha, el procesamiento consciente del cerebro humano, lo que pensamos, decidimos y hacemos, va a apenas unos 10 bits por segundo, según un estudio reciente del Instituto de Tecnología de California.

Diez bits por segundo. Una cifra que, comparada con cualquier sistema artificial, resulta insignificante y plantea una pregunta inevitable: ¿por qué somos tan lentos? A primera vista, sin embargo, no lo parece. Nuestra experiencia cotidiana es rica, fluida y continua. Percibimos colores, formas y sonidos, y encadenamos ideas sin aparente esfuerzo. Esa sensación de abundancia es, en gran medida, una ilusión construida por el cerebro.

Nuestros sentidos captan información del mundo a velocidades impresionantes, solo la retina transmite datos a ritmos cercanos al gigabit por segundo. Pero de ese torrente inmenso, sólo una mínima fracción llega a convertirse en pensamiento consciente. Es como si estuviéramos conectados a una autopista de información y, sin embargo, avanzáramos siempre por un estrecho carril. Curiosamente, esta aparente lentitud no es un defecto del sistema, sino probable-

mente su mayor virtud.

El cerebro no está diseñado para procesarlo todo, sino para elegir. Reduce el mundo a unos pocos bits relevantes, suficientes para tomar decisiones eficaces. Esta compresión extrema elimina gran parte del ruido y de la variabilidad innecesaria. En lugar de abarcar toda la complejidad del entorno, lo simplifica. Y en esa simplificación gana en robustez.

Las máquinas han seguido la estrategia opuesta, un sistema extraordinariamente rápido, pero a menudo frágil. Pequeñas perturbaciones en los datos de entrada pueden hacerlas fallar. Nuestro cerebro, en cambio, es capaz de operar con información incompleta, ambigua o ruidosa. No es veloz, pero es estable. Hay, además, una limitación fundamental: pensamos en serie. Solo podemos atender a una cosa cada vez, seguir un único hilo de pensamiento. Mientras tanto, las áreas sensoriales trabajan en paralelo, procesando múltiples señales simultáneamente. Es como si conviviéramos con dos sistemas: uno rápido, masivo y distribuido; otro lento, selectivo y secuencial. Este último es el que usamos para interactuar conscientemente con el mundo, y es ahí donde surge ese límite de unos pocos bits por segundo.

Las máquinas no tienen esa restricción.

Las máquinas nos superan en velocidad, pero la verdadera pregunta no es quién es más rápido, sino qué tipo de inteligencia resulta más útil en un mundo incierto y cambiante

Pueden explorar miles o millones de posibilidades en paralelo. En tareas bien definidas, su ventaja es clara. Pero en entornos complejos, cambiantes e inciertos, esa misma abundancia puede convertirse en un problema. Si nuestro pensamiento consciente está limitado a esa cadencia, gran parte de lo que sabemos no se procesa activamente en cada momento. Debe de existir una enorme cantidad de información almacenada, lista para ser recuperada cuando sea necesaria. Pensar no sería tanto procesar como seleccionar.

Esto explica una experiencia común, la dificultad de expresar ideas complejas. Podemos tener intuiciones ricas e imágenes mentales completas, pero al intentar comunicarlas, el flujo se ralentiza. Las palabras llegan una a una, como si hubiera un embudo entre el pensamiento y el lenguaje. En este contexto, los intentos de aumentar el 'ancho de banda' del cerebro mediante interfaces directas o conexiones con máquinas plantean una cuestión importante: ¿realmente necesitamos más velocidad? Si el verdadero cuello de botella está en la selección y organización de la información, añadir más datos no resolverá el problema. Sería como intentar mejorar una conversación hablando más deprisa sin tener nada más que decir.

Somos lentos porque el mundo en el que evolucionamos nunca exigió mayor celeridad. Porque la precisión y la estabilidad siempre han valido más que la rapidez. Porque comprimir la complejidad del mundo en unos pocos bits significativos ha resultado una estrategia eficaz. Las máquinas nos superan en velocidad, sí. Pero la verdadera pregunta no es quién es más rápido, sino qué tipo de inteligencia resulta más útil en un mundo incierto y cambiante. Y en ese terreno, nuestra aparente lentitud no es una debilidad. Es la marca de una inteligencia más antigua, más profunda y, tal vez, más sabia.

En toda mudanza se pierden cosas y salen a la luz cosas perdidas

LA ISLA
CÉSAR GARCÍA GRANERO



Siendo un crío recuerdo que abría el atlas, ponía el dedo sobre el mapa y pincelaba itinerarios quiméricos de los lugares a los que iría de mayor. Luego los años tallan las expectativas. Es sencillo: la edad te pone en tu sitio, porque la salud se fragiliza, el dinero da para lo que da y tienes unas ligaduras en forma de horarios y responsabilidades que han venido y tú no sabes cómo ha sido. El caso es que cierras el atlas y le haces caso a Hemingway, para quien un libro acabado era un libro muerto. Ahora me conformo con cambiar de casa de vez en cuando. Hago mudan-

zas en vez de largos viajes, lo cual es igual de fatigante, pero tiene peor prensa: es un desplazamiento como el otro, pero sin glamur.

Dice Manuel Vicent que uno se hace viejo el día que dice por vez primera ¡qué barbaridad! Un día ve algo que le choca y lo dice, un tiempo después ve algo que no le cuadra y lo vuelve a decir, y así poco a poco lo va eslabonando hasta que lo dice continuamente. Yo he acabado molido y me he jurado que esta mudanza era la última, pero no recuerdo haber dicho qué barbaridad. Lo que no sé es si ha sido porque no se me ha ocurrido o por-

que he ido a decirlo y me he acordado de Manuel Vicent, que también es posible, y no he querido hacerme viejo de repente.

Como en toda mudanza, se han perdido algunas cosas y han salido a la luz otras que estaban perdidas. De entre las que he rescatado, me quedo con unos posavasos garciamarquianos de Madrid. Me gustaron porque hacían referencia a dos libros que cambiaron mi forma de entender la literatura: 'Cien años de soledad' y 'El amor en los tiempos del cólera'. Y la cambiaron porque me dieron ganas de seguir leyendo: me abrieron el apetito para siempre. Hablando de apetito, decía García Márquez que había escrito el primero con lo justo para comer. Y aunque fue el que le dio nombre, a él siempre le gustó más el segundo. Al dárselo a la editora Carmen Balcells le dijo que era lo mejor que había escrito. A mí me gustan los dos y siempre han ido conmigo en las mudanzas. No se han perdido, así que lo seguirán haciendo. Porque nunca haré otra, pero puede que esta no sea la última.